

HUMANISMO Y VOCACION CIENTIFICA

Por G. R. GALIANA

Doctor en Filosofía

Del Instituto "Luis Vives", de Filosofía

LA vocación define en forma concreta y palpable la trascendencia misma del ser. Y sabemos que algo sin vocación es algo intrascendente, insignificante. Y también, por eso, que un individuo o un pueblo sin vocación no significan nada ni para sí ni para los extraños.

Humanismo es la vocación del hombre cuando este hombre encuentra en sí mismo razones suficientes de trascendencia. Cuando da a Dios lo que es de Dios por razón de la trascendencia divina. Cuando da al César lo que es del César por razones imperiales de la comunidad. Pero cuando reserva para sí, en acervo de Cultura, la ejecutoria de un patrimonio intransferible, al hombre sólo debido (1).

En tal patrimonio la vocación científica ha puesto la teoría y todo lo que teóricamente se engendra. Es decir, por encima del crear (*ποιειν*) y del utilizar (*συνεχειν*) el conocer (*γνωσκειν*): Metafísica, Física, Matemáticas, según la clasificación de Aristóteles. He aquí la Ciencia. En la Ciencia el hombre se hace y se trasciende teóricamente, es decir, contemplativamente, viendo y recorriendo el magno espectáculo de las cosas. En la Ciencia, el hombre «recorre» como si nada hiciera, y «discurre» haciendo lo más hondo y poderoso: Teoría.

Con estos prenotandos, en cierto modo definitivos, y como para entendernos, vamos ahora a hacer unas consideraciones que creemos de importancia sobre el nexo: Humanismo y vocación científica.

I

El de la vocación científica es un difícil problema pedagógico. Nacionalmente considerado, constituye a veces una verdadera crisis. Tenemos varias explicaciones a cual más alarmantes:

a) Teoría es libertad. Libre hasta en sus reglas, pues las reglas y normas no lo son sino en amplio y libre espacio.

b) Teoría es un modo de trascendencia humanística. Por tanto, el hombre puede ser feliz y trascenderse sin sospechar siquiera la teoría.

c) Ciencia es a veces algo complicado y opaco, sin atractivo, «ya hecho». Impenetrabilidad de signos, convencionalismos y fórmulas. Por tanto, algo endiosado y poco cortés, que hace difícil el que un hombre vea en ello su felicidad y su plenitud.

Según a), teoría es algo no soberano a veces, y deja de ser teoría y se torna falso e infecundo. La ciencia que surge es un gran aburrimiento. El hombre se aleja de tal campo por falta de estímulo y de alegría. Esto pasa en ciertos tiempos, y en ciertos pueblos y patrias.

Según b), el hombre se dedica a poetizar y hacer ensayos (irresponsabilidad alegre). Se dedica a ser bueno (moral), a satisfacerse (economía) y a regirse (política), según la citada clasificación de Aristóteles. También esto es ciencia, pero menos, y desde luego, no la teórica o superior, a la que nos referimos.

Según c), el hombre siente por la ciencia y sus tratados una gran aversión o una admiración paleta e impotente.

II

A) El humanismo tiene fueros esenciales cuando de la Ciencia se trata. Hemos dicho que humanismo es la trascendencia del hombre, y es claro que esta trascendencia se logra a costa del misterio cósmico y originario. ¿Cómo? Teoretizando. Pues bien, esta penetración teórica no es posible sin clima de libertad.

Libertad omnimoda de Dios cuando, después de crear el cielo y la tierra, aún tuvo que conferir orden al caos a golpes de concepción y de palabra. Libre y amorfa amplitud del caos. Libre e infinito espíritu de Dios cerniéndose sobre la haz homogénea de las aguas (2). Así, en el principio, fué la palabra, el espíritu y la libertad.

También el hombre, teoretizando, hace obra divina. Porque la teoría lleva en sí, paralelamente a su dinamismo, la Verdad. Y en cuanto el hombre ve la Verdad se siente llamado a ella. He aquí el signo humanístico de la vocación científica.

Tal signo involucra la libertad, porque, si se me acciona para que admita una verdad, sospecho que tal verdad puede no serlo. El hombre así se siente radicalmente infeliz.

La Cultura (Humanidades) tiene este signo ecuménico y universitario de la libertad, lejos de Dios y del César, conforme al pensamiento de Eugenio d'Ors en el artículo citado.

B) Y de esto no hay que extrañarse, pues es enunciar un hecho bien sabido, pero desde ángulo opuesto. Este, a saber: que en el César se trascienden los hombres y los pueblos en ciertas etapas de su evolución histórica. Y que en Dios se trascienden los hombres, por obra y gracia de la fe. ¿Para qué la teoría?

(Nuestro estudio se hace ahora desde el punto de vista del hombre. No puede objetarse, pues, que la teoría lleva forzosamente a Dios, o que la fe se sirve de ella, o que la dialéctica del Poder es también científica. No se trata de eso, y aun puede que por eso no se haya esclarecido nunca lo que aquí tratamos de esclarecer: es decir, la falta de pureza en la vocación científica o la inexistencia de ésta.)

También el hombre se hace, se trasciende con la creación poética. Pero ésta surge del hombre como hombre, de su forma y situación. La teoría surge del hombre cuando este hombre se presenta con vocación de dominio frente al misterio originario. Cuando el hombre confiere el ser al caos, como dice Heidegger, y con ello se temporaliza y trasciende. Este ser es orden y consistencia. Su visión o teoría es ordenada y lógica. Es coherente. He aquí la verdad de la teoría. La verdad de un «discurso» es, por lo pronto, su coherencia. Humanismo = exactitud.

La lógica de la fe es muy distinta —desplazamiento kantiano de la razón pura a la razón práctica—; y la lógica de la poesía también —sorpresa y metáfora.

La teoría siembra de su coherencia y rigor el mundo que contempla, y éste es el purísimo modo de dominio. El hombre, ante labor tan superna, la prefiere. Para edificar su ser con la verdad. Verdad que es «discurso» y no «estado» o definitividad.

C) No aciertan frecuentemente los tratados científicos a destacar este carácter atractivo y aventurero de la teoría, esta su esencialidad humana, el asombro de la fragilidad humana encarada con la «magnitud» del Universo.

Sobre todo, a partir de la física mecanicista de

(1) Eugenio d'Ors: «La unidad de Europa y la tradición de los Congresos Científicos». Art. en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 8, marzo-abril, 1949, págs. 239-260.

(2) *Génesis*, 1, 1-31; 2, 1-3.

Newton, «desanimadora» de la antigua u orgánica. Y no digamos lo que pasa hoy, cuando la intuición corriente no acierta a interpretar los resultados del cálculo en que se contienen las modernas teorías físicas.

A simple vista no se comprende qué tengan que ver ellas con el hombre, y ésta es otra razón de apartamiento y no incitación.

El problema pedagógico que entraña la vocación científica a la luz de una consideración humanística, se hace aquí por demás grave y aguda. Poincaré advierte a propósito de la enseñanza de las Matemáticas que una buena definición es más bien «la que es comprendida por los alumnos» (3). Y es que, además los tratados son duros, hechos en bloque, y destacando muy poco la influencia del pensamiento en las teorías y cálculos. Así como también, que prescinden de una Historia de la Ciencia donde aquel pensamiento, su esfuerzo y su decurso, se harían patentes.

Inhibe a la vocación científica tanto el pensar que la teoría estudia cosas realísimas y «naturales», sin nada de creación humana, y que por tanto ahí están y no «preocupan»; como ese falso criterio gnoseológico-ontológico que al analizar cómo aprehendemos el mundo, deduce que así es como originamos el mundo. De este idealismo pasamos a un relativismo, que también nos deja fríos, y lo que es peor, desilusionados.

Aun más. Por ausencia del viejo y primitivo espíritu, que veía y admiraba, y ello constituía una máxima felicidad, estamos hoy ante una ciencia que se exhibe y anuncia como «invenciones», como realizaciones prácticas.

Pero he aquí que esto sólo no amplía el área ontológica del hombre. (Se llama a este clima Civilización, para diferenciarlo del otro, humanístico y cultural).

III

Hemos escrito esto último porque en el caso de la Ciencia físico-química es más difícil ver el colapso de la pureza teórica justamente por sus derivaciones técnicas, que enmascaran el fenómeno. En la Metafísica ya es más patente: desaparece como tal. (A veces también se enmascara en forma de Retórica.)

Pero en uno y en otro caso el fraude científico es obvio. Lo grave es si tal fraude es consustancial al actual siglo social y de masas. He leído en Philip Frank (4) algo muy curioso: Que la expresión política de la fe en el progreso científico es el liberalismo. Pero que al no ver el hombre satisfecho su anhelo de felicidad, la desesperanza reaccionó como vuelta a la ciencia orgánica de la Edad Media, derivándose de ello el socialismo autoritario, germen del futuro fascismo. Y, por otro lado, el materialismo «mecánico» en que se fundaba aquella esperanza liberal de progreso ininterrumpido, evolucionó hacia un materialismo «dialéctico», de-

rivándose de él el comunismo. El esquema puede parecer simplista, pero sirve para ejemplificar este signo social o esclavo de que padece el hacer teórico.

Muchas veces la teoría ha edificado su vuelo sobre una masa de esclavos, pero difícilmente tal ave de excelencia podrá vivir en ambiente de esclavitud y de penuria espiritual. Por lo que el sabio, hoy como siempre, está llamado a vida de heroísmo. El humanismo tiene en el héroe su base genuina.

Acontece en el actual clima de violencia que padece el mundo que las trabas sociales y políticas amenazan al fuero purísimo del espíritu. Y por tal camino el espíritu humano puede dejar de ser lo que ha sido. No es un tesoro de civilización lo que está en peligro —esto al fin se reconstruye—; sino el instrumento mismo espiritual de esa riqueza, es decir, su fuente y arma.

La socialización no es colaboración de genios, sino planificación de masas. Y esto se ve bien en muchas revistas científicas, cuyos trabajos no alcanzan nunca mayor altura que la que su director posee, y este director no pasa de un funcionario e institución pública o masiva. Tiene España, por el signo espiritual de su actual momento histórico, una valiosa ocasión para proteger el vuelo científico; y con respecto a ello nos remitimos a los sabios consejos de un hombre excepcional, cuyo centenario se celebra ahora: Santiago Ramón y Cajal (5).

* * *

La vocación científica, pues, es algo que imprime carácter, algo enterizo que vive, y negado a los climas espirituales no dignos. Algo excepcional que surge en el hombre y en cuya realización le va la vida. Nos hemos referido al modo superior de la teoría, el cual debe darse incluso en ese aspecto socializador de las instituciones llamadas científicas. No se hace ciencia por encargo, y el proceso pedagógico de la suscitación de vocaciones empieza desde dentro del hombre.

Porque el auténtico signo de la vocación científica es el humanístico. Aquel que en la Ciencia o Teoría pone el más puro y humano sentido de realización y transcendencia. También al final nos encontraremos a Dios, como se muestra en el Escolio final de los *Principia* de Newton, o en ese maravilloso preámbulo del libro primero de las *Cuestiones Naturales*, de Séneca.

Acaba así Séneca, después de ponderar la excelencia del estudio del Universo —de la vida, de los astros, y de los fenómenos naturales todos—: «¿De qué te aprovecharán, me dices, esos estudios? Si más no, de esto con toda certidumbre: sabré el chico volumen de todas las cosas, después de haber tomado la medida de Dios». (6)

Mayo de 1952.

(5) Santiago Ramón y Cajal: *Reglas y consejos sobre investigación científica* («Los tónicos de la voluntad»). Varias ediciones.

(6) Lucio Anneo Séneca: «Cuestiones Naturales», en *Obras completas*. Discurso previo, notas y traducción de Lorenzo Riber. Madrid, Aguilar, 1943.

(3) Henri Poincaré: *Ciencia y Método*, 2.^a ed. Col. Austral. 1946, pág. 97.

(4) Philip Frank: *Einstein*. Barcelona, Janés ed., 1949, página 64.